

## ¿Qué misión puede tener una Iglesia en el Islam?<sup>1</sup>

Henri Teissier  
Arzobispo de Argel

### Introducción

«La misión de Cristo redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. A finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio»<sup>2</sup>.

Lo que el Papa Juan Pablo II dice de la Misión Universal de la Iglesia en la introducción a su última encíclica sobre la Misión, *Redemptoris Missio*, es especialmente verdadero en el dominio del testimonio cristiano ante los creyentes de las grandes religiones del mundo y particularmente ante los musulmanes.

En 1974, con ocasión del Sínodo de los Obispos sobre la Misión, un eminente misionólogo subrayaba que, en dicho Sínodo, cada continente había tratado sobre todo de su mayor preocupación, que no era precisamente la evangelización. Europa Occidental y América del Norte –decía– han hablado de la fe ante los problemas de la modernidad y la secularización; Europa del Este, de la fidelidad cristiana ante las presiones de un estado marxista; América Latina, de la teología de la liberación; Africa, de la inculturación; Asia, de la teología de

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada por Henri Teissier, arzobispo de Argel, en el curso «Cristianos y musulmanes. Convivencia y colaboración», celebrado en Granada durante los días 5 al 9 de Julio de 1993.

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, n. 1. En adelante citaremos RM.

las religiones no cristianas. Y añadía: las iglesias de los países árabes o musulmanes han hablado de su supervivencia. Es dar la definición más pesimista de la misión de las iglesias en el Islam: preocuparse de su «supervivencia»<sup>3</sup>.

Por tanto, la cuestión que vamos a plantear es ésta: ¿cuál es la misión de una iglesia en el Islam? Antes de responder, precisemos lo que entendemos por «iglesia en el Islam»<sup>4</sup>.

Cuando se emplea esta expresión, se tienen en cuenta las sociedades musulmanas donde existen, no solamente los cristianos separados unos de otros y aislados, sino una comunidad o comunidades cristianas que, de hecho o de derecho, se encuentran en el seno de una nación de mayoría musulmana. Es por esto importante, antes de seguir adelante, subrayar que no hay una *iglesia en el Islam* simplemente donde hay cristianos en tierras del Islam, sino solamente donde una sociedad entera que se quiere musulmana acepta en su seno la existencia de otras realidades eclesiales. No hay *iglesia en el Islam* en Arabia Saudita, ya que este país, aunque cuente con un millón de cristianos, no les permite *hacer iglesia*. Hay, pues, una iglesia en el Islam allí donde el Islam es, de hecho o de derecho, la estructura que engloba todas las demás realidades sociales, pero donde esta sociedad deja existir una o varias comunidades cristianas que *hacen iglesia*.

Por tanto no voy a tratar de la relación islamo-cristiana dondequiera que exista, por ejemplo, de la que se establece en los países europeos donde viven emigrantes de origen musulmán. Mi objetivo será esclarecer *la misión de una iglesia en el Islam* en el sentido que acabo de precisar.

### 1. La misión de las «iglesias en el Islam» del Magreb

Existen diversas situaciones de iglesias en el Islam. Simplificando, señalemos cinco grandes tipos: las antiguas iglesias orientales en el mundo árabe, turco o iraní; las diásporas cristianas del Golfo y de la península arábiga; las *iglesias en el Islam* de Asia (desde el Paquistán a Indonesia); las del Africa subsahariana (desde el Sudán al Senegal); y, finalmente, las del Norte de Africa. Partiremos de estas últimas para esclarecer la *Misión de una iglesia en el Islam*. A fin de situar en su verdadera perspectiva el compromiso de nuestra iglesia en su misión de relación con una sociedad musulmana podemos recordar el célebre pasaje de la *Redemptor Hominis* en el que Juan Pablo II considera que «el hombre es el primer camino que la iglesia debe recorrer para cumplir su misión»:

<sup>3</sup> M. ZAGO: *Misión de la Iglesia* 27-28 (1974) 20.

<sup>4</sup> Me permito retomar aquí el título de mi libro *Iglesia en el Islam*, Centurion, París 1984, pg. 216.

«La iglesia no puede abandonar al hombre cuyo *destino*, es decir, la elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación o la perdición, están ligados de manera tan estrecha e indisoluble a Cristo. Y se trata de cada hombre que vive en este planeta... Se trata de todo hombre, en toda la realidad absolutamente única de su ser y de su actuación, de su inteligencia y de su voluntad, de su conciencia y de su corazón... Este hombre es el primer camino que debe recorrer la iglesia para cumplir su misión»<sup>5</sup>.

Este texto, muy fuerte, nos introduce en la Misión de nuestra iglesia en el Magreb. Vamos a procurar hacerla comprensible a través de los diversos niveles de *servicio al hombre* en los que estamos comprometidos.

### 1.1. El servicio a los más pobres.

La iglesia ha sido enviada para realizar la ternura de Dios y, muy particularmente, con los más pobres. Siguiendo las regiones o las etapas recorridas desde la independencia de cinco países del Magreb, este servicio a los más pobres ha tenido formas diferentes. Baste enumerar algunas: formación de la joven en zonas rurales o en los barrios populares de las grandes ciudades; ayuda a las madres jóvenes en medios populares; protección materno-infantil; centros para niños disminuidos; residencias para ancianos sin familia; ayuda a los refugiados, etc... Se dirá que se trata de una actividad social; pero la iglesia, desde los mismos orígenes de su historia, en fidelidad a Cristo, ha considerado siempre que no había respuesta verdadera a la misión recibida sin un compromiso con los más pobres: «La iglesia en todo el mundo quiere ser la iglesia de los pobres... Las iglesias jóvenes expresan a menudo esta preocupación como parte integrante de su misión... los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren... Son, en efecto, las obras (de caridad) las que atestiguan el espíritu de toda la actividad misionera: el *amor* que es y sigue siendo la fuerza de la misión»<sup>6</sup>.

### 1.2. La promoción del hombre.

Pero nuestras iglesias del Magreb no sólo están comprometidas con los más pobres. Se sienten enviadas a todos para servir a la promoción de personas y comunidades humanas. Este compromiso se manifiesta de diversas maneras: con los laicos, en sus responsabilidades profesionales que construyen la economía de países jóvenes; con muchos sacerdotes y religiosas, a través de instituciones

---

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, n. 14.

<sup>6</sup> RM, n. 60.

educativas (centros profesionales, bibliotecas para estudiantes), o por la actividad de Caritas y otras asociaciones en favor de un micro-desarrollo, etc...

También aquí, la Encíclica misionera de Juan Pablo II localiza este compromiso en la Misión de la iglesia: «Los misioneros son los promotores del desarrollo... La Iglesia educa las conciencias revelando a los pueblos al Dios que buscan al revelarles la grandeza del hombre creado a imagen de Dios, la igualdad de todos los hombres como hijos de Dios, su dominio sobre la naturaleza creada y puesta al servicio del hombre, el deber de trabajar para el desarrollo del hombre entero y de todos los hombres»<sup>7</sup>.

### 1.3. Acercarse a los que tenemos lejos.

Jesús se acercó a los excluidos por la comunidad judía de su tiempo: los leprosos, los samaritanos, las mujeres, los pecadores, etc... «El Reino está destinado a todos los hombres... Para subrayar este aspecto, Jesús se ha acercado sobre todo a aquéllos que estaban al margen de la sociedad, dándoles su preferencia»<sup>8</sup>.

Se ha dicho que la práctica del amor evangélico se actúa por el servicio de los pobres y la promoción del hombre. También por cuanto acerca a los hombres para hacerlos hermanos en la familia del Padre común: «Si amáis a los que os aman ¿qué hacéis de extraordinario? Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen para que seáis verdaderamente hijos de vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 43-48).

Todo el movimiento misionero consiste en acercarse a los que están lejos, a causa de Jesús y del Evangelio. Es, en el fondo, el mismo movimiento de Jesús que se ha acercado a nosotros encarnándose en un pueblo concreto y en un momento de la historia. Este fue su *envío por el Padre*, su *Misión*, de la que ha nacido la Misión de la misma Iglesia y la de cada misionero.

Este aspecto de la Misión reviste una especial dimensión en nuestra situación en el Magreb. El misionero se hace cercano en este contexto particular en el que la historia y la cultura sitúan en campos diferentes, cuando no opuestos, a cristianos y musulmanes, occidentales y orientales, sociedades del Norte y del Sur, etc. Este aspecto de la Misión ha adquirido también en el Magreb una tonalidad propia en el contexto espiritual definido por la vida del hermano Carlos de Foucauld. El testimonio de fraternidad universal al que se consagran los

---

<sup>7</sup> RM, n. 58.

<sup>8</sup> RM, n. 14.

Hermanitos y Hermanitas de Jesús, y los demás movimientos foucauldianos, ha llegado a ser una vocación común a todos en nuestra iglesia del Magreb.

#### 1.4. Encuentros entre las personas que trabajan por el Reino.

Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles se escribieron para mostrarnos los *encuentros* que ayudaban a la venida del Reino, tanto los de Jesús como los de los primeros apóstoles. Se pueden recordar los principales para mostrar cómo Jesús conducía a su interlocutor por un camino que le permitía encontrar la verdad en sí mismo, *convertirse* a esta verdad y comprometer así su existencia con los valores del Reino. El mismo Jesús en el encuentro se abre a una más profunda comprensión de su misión, como aparece en muchos episodios del Evangelio (diálogo con la mujer sirofenicia, etc.). También los Apóstoles (por ejemplo, Pedro y el Centurión Cornelio) descubren en su encuentro todas las dimensiones del mensaje evangélico.

La atención a estos encuentros que hacen avanzar el Reino en cada uno de los interlocutores constituye la más amplia experiencia misionera común entre todos nosotros. El Sínodo de Constantina lo expresaba recientemente en los siguientes términos:

«Nuestra situación nos invita a prestar atención al valor humano, que creemos divino, de un simple encuentro humano. Es para nosotros una llamada para vivir los encuentros y las amistades por ellas mismas, de manera gratuita y desinteresada, como una parte esencial de la misión que Dios nos confía aquí»<sup>9</sup>.

Los Obispos de Africa del Norte aclaran también el sentido de estos encuentros en su carta colectiva de 1990:

«Un encuentro muy simple, incluso furtivo, algún intercambio de palabras, comprometen mucho más de lo que podría parecer... Esta realidad se manifiesta cuando el encuentro conduce a un momento de comunión, frecuentemente al margen de las palabras y las diferencias, cuando cada uno deja asomar lo que tiene en su interior... Estos encuentros en los que, poco a poco, cada uno acoge al otro, constituyen las piedras fundamentales de una humanidad nueva»<sup>10</sup>.

Este deseo de acercarse al otro comprende también el ámbito del encuentro colectivo, es decir, los esfuerzos por conocer, comprender y dar a conocer la cultura del otro. Al margen de las posibilidades de inculturación personal, como el estudio de la lengua, las tradiciones y el acervo cultural, es necesario señalar la realización de trabajos que patentizan esta voluntad de acercamiento al otro, no sólo como persona, sino también en sus valores colectivos. El diccionario

---

<sup>9</sup> *Sínodo de Constantina*, 1993, pg. 9.

<sup>10</sup> *Rencontres*, 25 Junio 1990, pg. 5.

tuareg-francés del P. de Foucauld puede considerarse como el símbolo de esta generosidad apostólica que acerca a la cultura del otro hasta producir obras maestras que la ilustran. Muchas otras actividades merecerían ser citadas en este punto, singularmente las publicaciones lingüísticas o culturales de los Padres y Hermanas Blancos en Argelia y en Túnez.

### 1.5. Trabajar conjuntamente por la Justicia y la Paz.

La Iglesia del Vaticano II ha tomado una más viva conciencia de su responsabilidad en relación con los trabajos por la Justicia y la Paz. Es, en el fondo, la dimensión colectiva y estructural de la caridad. La Iglesia se compromete muy particularmente en ello por la fidelidad de cada uno en su tarea cotidiana y en sus encuentros. La carta de los Obispos de la CERNA, en 1990, lo subrayaba para los laicos que trabajan en cooperación internacional o relaciones entre los dos mundos desigualmente favorecidos del Norte y del Sur:

«Es importante que aquéllos de nosotros que se ocupan de los complicados mecanismos de la producción industrial o de la innovación tecnológica encuentren un verdadero apoyo en nuestras comunidades cristianas... En este marco adquiere una nueva dimensión nuestra presencia en el Magreb. Efectivamente, por encima de nuestras personas, constituye un elemento histórico de las sociedades de nuestro tiempo que han de reconocerse solidarias tanto del Norte al Sur como del Este al Oeste»<sup>11</sup>.

El desarrollo del movimiento asociativo da nuevas posibilidades a estas colaboraciones entre cristianos y musulmanes por la Paz y la Justicia. A ello se añaden particularmente las acciones en favor de los derechos humanos y las que aseguran la promoción de la dignidad del niño, de la mujer o de la familia en la sociedad. Es evidente que en estos trabajos por la Paz y la Justicia se encuentra la gran tarea de reconciliación islamo-cristiana al margen de una historia conflictiva cuya actualidad vuelve a reabrir las heridas sin cesar (Palestina, Guerra del Golfo, Sudán, Armenia-Azerbaián, Bosnia-Herzegovina, etc...).

### 1.6. El avance teológico y espiritual.

Magníficamente inaugurada por Pablo VI con la *Ecclesiam suam*, la reflexión cristiana sobre el diálogo de la Salvación con los creyentes de otras religiones no cesa de progresar desde hace treinta años. *Redemptoris Missio* (1991) y el documento conjunto del Consejo Pontificio para el diálogo interreligioso *Diálogo y Anuncio* (1992) han aportado también nuevos avances en esta reflexión y han

---

<sup>11</sup> Rencontres, 8 Junio 1990, pg. 6.

situado definitivamente el diálogo como una de las formas aceptadas por el testimonio cristiano en su relación con el mundo: «El diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia»<sup>12</sup>.

En el Magreb, este diálogo afecta en principio a todos los niveles que hemos mencionado: servicio a los más pobres, promoción humana, encuentros, compromiso por la Paz y la Justicia. En este cuadro cotidiano es donde se juega este intercambio de valores y esta interrogación recíproca por acentuar la verdad en nuestras vidas que llamamos *diálogo*. El Sínodo de Constantina evoca esta significación en los siguientes términos: «Sabemos que el Espíritu de Dios llama, ilumina y guía a cada uno a partir de su propia experiencia, incitándolo a vivir y acrecentar lo mejor que hay en él. Todos somos llamados a avanzar por este camino espiritual y a ayudarnos mutuamente... esto confiere una importancia extrema a la calidad de nuestras relaciones»<sup>13</sup>.

En nuestra situación, este diálogo de persona a persona compromete de hecho a las dos comunidades, ya que cada una es considerada por la otra como representante de toda su comunidad.

No podemos olvidar que –como dice el documento de los obispos del Norte de Africa– «las dos comunidades, cristianos y musulmanes, son conjuntos con perspectivas e intereses divergentes. Y es precisamente aquí donde descubrimos el valor de las relaciones interpersonales»<sup>14</sup>. Lo que todavía no puede cambiar en el nivel global de ambas comunidades, colocadas frente a frente como dos bloques contrarios, está en evolución desde el interior de cada comunidad por el cambio de perspectiva que nace del diálogo personal.

Con todo, se pueden descubrir también en el Magreb esfuerzos más amplios que los meramente individuales. Diversas iniciativas han partido del campo cristiano como, por ejemplo, los Encuentros del Grupo de Investigación Islamo-Cristiana, GRIC (Rabat, Túnez, Argelia), los de los Focolari (Argel, Tlemcen) o los realizados en el Magreb con el impulso del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso (Encuentro magrebí Islamo-Cristiano en Asís, 1989). Otras veces la iniciativa ha partido de los mismos musulmanes, como en el caso de los encuentros organizados en Túnez desde 1975 por el CERES de la Universidad. En este terreno, evidentemente el acontecimiento más importante es el encuentro del Papa con 80.000 jóvenes en Casablanca por iniciativa del rey Hassan II.

Este diálogo alcanza especial altura cuando versa sobre experiencias espirituales, como son los reseñados encuentros de los Focolari o también los de

<sup>12</sup> RM, n. 55.

<sup>13</sup> *Sínodo de Constantina*, pg. 10.

<sup>14</sup> *Rencontres*, Junio 1990, pg. 5.

algunos grupos islamo-cristianos, poco numerosos pero privilegiados, entre ellos los de los Cistercienses de Medea con sus amigos sufíes, en los que cristianos y musulmanes comparten una experiencia de apertura a Dios, de plegaria de alabanza e intercesión.

### 1.7. La conversión recíproca

Un historiador de Túnez, Mohamed Talbi, que fue uno de los pioneros del diálogo islamo-cristiano, parece haber entendido mal el sentido de los esfuerzos actuales de la Iglesia para situar el diálogo en su misión, particularmente por el empleo que el documento *Diálogo y Misión* hace de la palabra *conversión*. En la perspectiva del diálogo interreligioso, la conversión recíproca significa aquel cambio interior que reorienta a cada interlocutor hacia Dios para seguir el llamamiento que hace a cada uno. En este sentido, la llamada a la conversión, no implica un cambio de religión, aunque tampoco lo excluye. La llamada a cambiar de religión no es el objeto del diálogo, aunque pueda suceder que se produzca en ciertos casos. El Sínodo de Constantina expresa bien esta libertad tomando ejemplo de la que Jesús emplea con sus interlocutores: «¿Qué ha pasado con todas las personas que aparecen en el Evangelio? Se puede suponer que algunos se encontraban entre los ciento veinte presentes en el Cenáculo la mañana de Pentecostés. Pero ¿y los otros? Jesús ha compaginado perfectamente una doble actitud: reunir un pequeño grupo asociado a su obra y dejar a los otros en su propio camino. La razón profunda de esta actitud de Jesús es que para El todo procede del amor gratuito del Padre»<sup>15</sup>.

Una de las grandes alegrías de nuestra iglesia en el Islam nace de esta libertad en el encuentro con las personas. No tenemos otros proyectos en el encuentro que el de darnos uno al otro lo que Dios propone a cada uno en ese momento con una atención recíprocamente respetuosa. Puede suceder que algunos reconozcan en el Evangelio en el que vivimos lo que buscaban desde siempre, y entonces, bajo el impulso del Espíritu, emprendan el camino del bautismo. Pero mucho más frecuentemente lo que sucede –causándonos también una gran alegría– es que nuestro interlocutor profundice su fidelidad en la vida dentro de su tradición, como lo hacemos nosotros mismos permaneciendo en nuestra propia historia: «Prescindiendo de las diferencias de culturas y de historias personales o colectivas, experimentamos que pertenecemos a la misma humanidad, soportando las mismas heridas, pero también que, movidos por un mismo aliento, constituimos una misma realidad profunda, formados a la imagen del Creador y

---

<sup>15</sup> *Sínodo de Constantina*, pg. 26.

en comunicación con el Verbo que, de alguna manera, se ha unido a todo hombre»<sup>16</sup>.

### 1.8. La intercesión universal en nombre de Cristo.

Recordamos la alegría del P. de Foucauld cuando pudo celebrar la Eucaristía y adorar el Santísimo Sacramento en Bení Abbés o en Tamanrasset, en sitios donde jamás se había elevado una plegaria cristiana. La realidad más profunda que viven nuestras pequeñas comunidades dispersas por las ciudades magrebíes del Islam es la celebración de la Eucaristía y, más ampliamente, la intercesión cristiana por todo el pueblo, cristiano o musulmán. En una ciudad del Magreb de 100.000 habitantes, capital de una provincia donde viven de 600.000 a 700.000 personas, no es raro que la comunidad cristiana reúna solamente un sacerdote, tres religiosas y algunos laicos de diversas nacionalidades de los que sólo uno o dos pueden ser argelinos. Pero todos viven profundamente la convicción de que su plegaria y, especialmente la Eucaristía, los integra en una solidaridad espiritual muy particular con toda la región que los acoge. Esta idea-fuerza es, con mucha mayor razón, la que anima a los monasterios y ermitaños cuya vocación es la de rogar en el Magreb por las iglesias en el Islam y por todo el Pueblo de Dios, cristiano o musulmán.

## 2. La iglesia en el Islam del Magreb y la reflexión de la iglesia universal sobre su misión.

El Vaticano II abrió nuevos horizontes a la Misión de la Iglesia, a través de los documentos conciliares sobre la libertad religiosa, *Dignitatis Humanae*, sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, sobre la relación de la Iglesia con el mundo, *Gaudium et Spes*, sobre la Misión, *Ad Gentes*, y sobre las relaciones con los creyentes de otras religiones, *Nostra Aetate*. Partiendo de esta base doctrinal, se ha ido desarrollando poco a poco toda una enseñanza sobre el diálogo y, lo que es más importante, una práctica del diálogo interreligioso del que los mismos Papas han dado ejemplo de mil maneras. La experiencia de la iglesia en el Magreb ha jugado un papel importante en esta evolución<sup>17</sup>.

Nuestras iglesias en el Islam en el Magreb han contribuido desde hace treinta años a la reflexión de la Iglesia Universal sobre su Misión en relación con los creyentes de otras religiones. Tenemos que continuar haciéndolo, y con este

---

<sup>16</sup> Ver VATICANO II, *Gaudium et Spes*, n 22, 2. También, *Carta colectiva de los obispos del CERNA*: Rencontres, Junio 1990, pg. 5.

<sup>17</sup> Ver H. TEISSIER, *La experiencia misionera de la Iglesia en el Magreb y la misión del Consejo Pontificio para el diálogo interreligioso*: Boletín del CPDIR 72 (1989) 323-333.

propósito querría expresar una vez más nuestra convicción sobre nuestro testimonio. Lo haré sin recurrir directamente a las categorías teológicas de los dos últimos documentos del CPDIR, sobre *Diálogo y Misión* (1984) y *Diálogo y Anuncio* (1992). Estas categorías, en efecto, no se adaptan mucho a nuestra experiencia de testimonio cristiano. Me apoyaré sobre todo en los temas teológicos que centran los tres primeros capítulos de la *Redemptoris Missio*: Jesucristo único Salvador; el Reino de Dios; el Espíritu Santo protagonista de la Misión. Tenemos la convicción de que si nos encontramos juntos en el Magreb cristianos y musulmanes es por una vocación que hemos recibido de Dios. Esta vocación nos coloca en uno de los más importantes terrenos de testimonio para la fidelidad, hoy, de la Iglesia a su Misión en el mundo actual, un mundo en el que la diversidad de herencias culturales es un hecho que se impone a todos. Cristo y el Evangelio nos envían al encuentro de todos nuestros hermanos, cristianos o no y, en nuestro caso, musulmanes. Como discípulos de Cristo y de su Evangelio damos a este encuentro un significado muy particular: se trata de nuestra vocación y de nuestra misión, porque queremos vivir en el nombre de Dios este encuentro interreligioso: allí donde el hombre se hace prójimo de su hermano no cristiano, por causa de Cristo, está Dios que viene. Juan Pablo II, en la *Redemptoris Missio* nos ayuda a poner este encuentro entre hombres diferentes por la historia, la cultura y la religión, en el corazón mismo de la misión de la Iglesia: «El diálogo es un camino hacia el Reino, y dará ciertamente sus frutos, aunque los tiempos y momentos están reservados al Padre»<sup>18</sup>.

## 2.1. Iglesias en el Magreb para realizar las obras del Reino de Dios.

La Iglesia no tiene otra misión que la que vivió el mismo Jesús, la misión que le confió Dios y que funda la misión de la Iglesia. Ahora bien, como testimonian los Sinópticos, Jesús vino para anunciar el Reino de Dios e invitar a los hombres a acogerlo (Mt 4,17). Juan Pablo II nos da una definición del Reino que jamás había aparecido en un documento del magisterio: «La naturaleza del Reino es la comunión de todos los seres humanos entre sí y con Dios»<sup>19</sup>. Tenemos la profunda convicción de que nuestros encuentros cotidianos sirven a este proyecto, son para nosotros *obras del Reino de Dios*: «El Reino debe transformar las relaciones humanas y se realiza progresivamente, a medida que los hombres aprenden a amarse, a perdonarse y a servirse mutuamente»<sup>20</sup>.

---

<sup>18</sup> RM, n. 57.

<sup>19</sup> RM, n. 15.

<sup>20</sup> RM, n. 15.

## 2.2. Cooperar con la acción del Espíritu Santo.

No se trata de una empresa humana. El Espíritu de Dios, en efecto, está presente en estos encuentros para convertirlos en el espacio de una conversión recíproca, de un avance común hacia la verdad y hacia la fidelidad a nuestra vocación, cada uno en su propia historia espiritual y en la comunidad religiosa a la que pertenece: «El Espíritu actúa por medio de los apóstoles pero, al mismo tiempo, actúa también en los oyentes»<sup>21</sup>.

Con bastante frecuencia en nuestros encuentros se nos concede la gracia de sentirnos reunidos en ese espacio interior en el que el Espíritu de Dios habla a cada uno para revelarle su vocación, su fidelidad particular: «El Espíritu está en el origen mismo de la pregunta existencial y religiosa del hombre, la cual no surge sólo de situaciones contingentes, sino de la estructura misma de su ser»<sup>22</sup>.

En este contexto, dice todavía el Papa: «La relación de la Iglesia con las demás religiones está guiada por un doble respeto: respeto por el hombre en su búsqueda de respuesta a las preguntas más profundas de la vida, respeto por la acción del Espíritu en el hombre»<sup>23</sup>.

## 2.3. Hacer efectivo el amor universal de Dios.

La experiencia nos asegura que, finalmente, en todo verdadero encuentro se da una apertura al otro que viene de Dios, que nos descubre el respeto de Dios y su amor gratuito a todo hombre. Lo que entonces participamos revive entre nosotros el amor de Dios que busca a sus hijos, dispersos en las diversas culturas para hacerles el don de esta comunión de la que El mismo vive.

Se nos puede reprochar que no lleguemos hasta el final del anuncio: pero esto sería olvidar que el corazón del Misterio es la Revelación por el Nuevo Testamento de que Dios es Amor y el hombre creado a su imagen se salva cuando acepta amar a sus hermanos como Dios mismo nos ama. El papa, en Casablanca, centró así nuestra misión: «Para vosotros, cristianos de Marruecos, podríamos parafrasear a San Pablo: Si estamos bien preparados, si llevamos a cabo acertados planes de desarrollo, si elaboramos proyectos bien pensados en el campo de la salud, si procuramos entender el misterio de la salvación y hacemos un justo análisis teológico del plan de Dios, si tenemos una fe tan fuerte que supere los obstáculos, incluso si damos nuestra vida por aquello en lo que creemos, pero no tenemos amor, nuestra presencia aquí no vale nada y nuestro

---

<sup>21</sup> RM, n. 21.

<sup>22</sup> RM, n. 28.

<sup>23</sup> RM, n. 29.

testimonio queda vacío. *Lo que demostrará a todos los hombres que sois mis discípulos es el amor que tengáis los unos por los otros.* Ahí está el primer testimonio que debe caracterizar vuestra vida cristiana<sup>24</sup>.

Como cristianos, todos los encuentros nos remiten a esta concepción de nuestra misión.

#### 2.4. El sacramento del encuentro y la amistad.

Un grupo de cristianos de la diócesis de Constantina expresaba así el sentido que tiene para ellos nuestro testimonio en el Magreb: «Los años pasados desde la independencia nos han hecho descubrir la amistad fraterna como otro camino por el que, dentro de los límites modestos de nuestras relaciones, podemos significar y realizar el Reino de Dios que, por otra parte, creemos que nos desborda totalmente. Amistad purificada, humilde, desinteresada. No comunión y encuentro en un sacramento ritualizado y, por ello mismo, signo y realidad del favor de Dios, que no pertenece propiamente ni a los cristianos ni a los musulmanes, sino a ambos, percibido por cada uno a su manera, camino recorrido juntos, llevando cada uno las cargas de los otros, que nos ayuda mutuamente a comprender, a transformarnos, a servir, a ser fieles»<sup>25</sup>.

Se podría hacer un comentario a este texto partiendo de lo que viven dos esposos de los que uno es cristiano y el otro musulmán. Si celebran cristianamente su matrimonio, la parte cristiana recibe de la musulmana el sacramento del amor de Dios que es su unión y viceversa. Análogamente se puede decir que otro tanto ocurre en cada verdadero encuentro entre cristianos y musulmanes: les hace comunicarse entre sí y los encamina hacia la comunión.

La Iglesia, toda ella, es sacramento del amor de Dios. Pero cada cristiano, en la medida en que actúa un amor que viene de Dios, gratuito, universal y dispuesto a darse por el otro, se convierte también en el lugar sacramental de la relación de la Iglesia con los no cristianos. Dios se da al uno y al otro en la relación que establecen entre ellos.

En 1986 Juan Pablo II decía a los obispos del Magreb en su visita Ad Limina: «En el fondo, vosotros vivís un poco lo que el Concilio dice de la Iglesia como Sacramento. A un signo no se le pide *hacer número* sino simplemente *hacer signo*»<sup>26</sup>.

<sup>24</sup> *Carta de los Obispos del Norte de Africa*, Rencontres, Junio 1990, pg. 4.

<sup>25</sup> H. TEISSIER, *Iglesia en el Islam*, pg. 124.

<sup>26</sup> *Carta de los obispos del Norte de Africa*: Rencontres, Junio 1990, pg. 4.

### 2.5. Un anuncio recíproco en el encuentro.

Se nos dice frecuentemente que somos una Iglesia del silencio. Esto es falso. Cuando nos encontramos con musulmanes, nos sitúan en seguida como cristianos. Ciertamente no suelen tener sino una idea muy vaga de lo que es el cristianismo. Pero precisamente es el sentido de nuestro encuentro lo que les permite descubrir lo que somos como cristianos, mientras nosotros mismos aprendemos lo que ellos son como musulmanes. Todo hombre, al margen de una explícita adhesión al cristianismo, vive bajo la mirada de Dios y debe buscar, bajo la moción del Espíritu, su fidelidad interior en el marco de su cultura religiosa propia. Por nuestro testimonio recíproco, cristianos y musulmanes nos animamos en esta búsqueda. No ocultamos nuestra identidad pero, como hizo Cristo con los que hablaba, para revelarla escogemos las expresiones que nos parecen susceptibles de ser entendidas, teniendo en cuenta los prejuicios de la otra comunidad, pero también los valores que ha recibido de su propia tradición. Lo que diferencia nuestra situación de la de otras iglesias que podríamos designar como *catecumenales* es, no que calleemos nuestro mensaje, sino más bien que intentamos compartirlo con todos nuestros interlocutores, comenzando –y son con mucho los más numerosos– por los que no tienen intención de ser cristianos.

### 2.6. Una iglesia para el compañerismo de la Salvación con todos.

Un amigo musulmán, al felicitarme por Navidad, expresaba su deseo de que todos pudiesen acceder «a esta especie de libertad interior que nos permite acercarnos a los demás». Esto es caminar juntos hacia el Reino.

Nosotros no hemos escogido ser una iglesia de presencia silenciosa, ni una iglesia de la acción social y el desarrollo, sino más bien una iglesia del encuentro, del compañerismo de salvación, de la conversión recíproca, y todo esto en una relación libre de segundas intenciones con los de la otra religión que Dios nos da para que los amemos.

Porque, en definitiva, de esto es de lo que se trata. No de transmitir un cuerpo de doctrina sino de dar entrada a una experiencia, la que se ha encarnado en Jesucristo. «Dios es Amor» y el hombre, creado a su imagen, no consigue su verdadera dimensión si no aprende a amar y a saberse amado. Juan Pablo II ha expresado magníficamente esta convicción en la *Redemptor Hominis*: «El hombre no puede vivir sin amor. Es un ser incomprensible para sí mismo, su vida carecerá de sentido si no recibe la revelación del amor, si no hace suya esta experiencia, si no la participa intensamente. Esta es la razón de que Cristo

Redentor revele plenamente el hombre a sí mismo. Esta es, si se puede expresar así, la dimensión humana del misterio de la Redención»<sup>27</sup>.

Ahora se entiende mejor por qué la oposición entre *diálogo* y *misión* y entre *diálogo* y *anuncio* de que hablan los dos últimos documentos del CPDIR nos parece insuficiente para explicar teológicamente nuestra experiencia del encuentro. En nuestras relaciones cotidianas no existe algo previo a la misión que exigiría ser alcanzado un día en el anuncio. Siempre que se establece una verdadera relación, hay una comunicación entre nosotros que es lo que el Espíritu quiere decir a cada uno a través del otro. Este don recíproco hace venir el Reino de Dios, que es comunión dada por Dios a los hombres.

La verdadera diferencia entre nuestra iglesia y las demás no está en una oposición entre *misión* y *presencia* o entre *diálogo* y *anuncio*. Está en nuestro proyecto que es servir al Reino de Dios y a la acción del Espíritu en las sociedades musulmanas, incluso si al mismo tiempo dialogamos con aquéllos de nuestros interlocutores que, habiendo reconocido a Jesús como Salvador, construyen una nueva iglesia desde el interior de su sociedad. Hemos experimentado el sentido que en este contexto puede tener aquella breve frase: «Buscad el Reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura» (Lc 12,31).

### **Conclusión: ¿Qué Misión para una iglesia en el Islam?**

Muy frecuentemente la misión de la iglesia se ha encerrado en un marco demasiado estrecho: anunciar a Jesucristo para llamar a los hombres a la fe en El, y procurar el acceso a la vida sacramental por el bautismo, formando así una nueva iglesia en un pueblo todavía no evangelizado. Este objetivo domina la comprensión que la iglesia tiene de su misión desde hace muchos siglos. Se encuentra en el centro del testimonio cristiano y, dondequiera permite Dios que sea aceptado, es una gran alegría para el misionero colaborar en ello. Todo pueblo, en efecto, tiene el derecho de ver el crecimiento en su seno del grupo de fieles de Cristo que celebran y anuncian por su vida y por los sacramentos el misterio del don de Dios a los hombres.

Sin embargo, a partir del Vaticano II la Iglesia ha comprendido mejor que este objetivo no es el único fin del testimonio cristiano. El Evangelio es un tesoro confiado a los cristianos para cosechar sus frutos, Pero es también un tesoro dado al mundo entero. Debe producir sus frutos igualmente en la vida de las personas y de los pueblos que no quieren ser cristianos. Por esto la misión de la Iglesia es mucho más amplia que la constitución de nuevas comunidades cristianas.

---

<sup>27</sup> *Redemptor Hominis*, n. 10.

Pongamos un ejemplo: cuando el Papa hace un llamamiento en favor de la Paz en una situación determinada, realiza un valor evangélico porque produce ciertamente un fruto en la vida de los cristianos, pero también en la de todos los hombres de buena voluntad, incluidos los que jamás serán cristianos. Todos son invitados a construir la Paz. Así es como nosotros concebimos también la misión de nuestra iglesia en el Islam. Hay una llamada de Dios que debemos anunciar a todos nuestros hermanos, cristianos o musulmanes. La misión de la Iglesia es transmitir esta llamada y esto hace que el Reino llegue más allá de los límites visibles de la Iglesia. «Trabajar por el Reino significa trabajar por la liberación del mal en todas sus formas»<sup>28</sup>.

Y así continúa el Papa: «La Iglesia es sacramento de salvación para toda la humanidad y su acción no se limita a los que aceptan su mensaje. Es una fuerza dinámica en el camino de la humanidad hacia el Reino escatológico»<sup>29</sup>.

A partir de la experiencia concreta de la vida de nuestras *iglesias en el Islam* en el Magreb, hemos intentado en estas páginas mostrar los diversos aspectos del compromiso de nuestras comunidades en esta forma de misión. Por otra parte también las señala la *Redemptoris Missio*: «La Iglesia contribuye a este itinerario de conversión al proyecto de Dios con su testimonio y su actividad, como son el diálogo, la promoción humana, el compromiso por la justicia y la paz, la educación, el cuidado de los enfermos, la asistencia a los pobres y a los pequeños...»<sup>30</sup>.

Finalmente, –y esto confiere toda su plenitud a la relación de la Iglesia con los no cristianos– el testimonio no tiene una sola dirección. Al comprometerse en la acción del Reino para la conversión de todos, la misma Iglesia dirige su atención a los otros y descubre el don que se les ha dado. Se beneficia de la fidelidad que Dios suscita en el corazón de personas y comunidades más allá de sus fronteras. Es, por tanto, un horizonte sin límites el que abre a la Misión de la Iglesia: «Las otras religiones constituyen un desafío positivo para la Iglesia; en efecto, la estimulan a descubrir y a conocer los signos de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu»<sup>31</sup>.

No se trata solamente de dar testimonio del Evangelio ante toda persona y toda comunidad para que puedan acoger el don de Dios e integrarlo en su propia historia. Se trata también y al mismo tiempo de reunir este don de Dios en todos los sitios en que ya está presente para abrirse la misma Iglesia a las dimensiones

---

<sup>28</sup> RM, n. 15.

<sup>29</sup> RM, n. 20.

<sup>30</sup> RM, n. 20.

<sup>31</sup> RM, n. 56.

de la acción de Dios en el mundo y cooperar así al bien de todos, «hasta que Dios sea todo en todos» (1 Cor 15,28).

**Henri Teissier**